

SIGNIFICADO E INTERACCIÓN SOCIAL

Las diversas concepciones del significado lingüístico que han venido gozando de aceptación desde Saussure hasta nuestros días suelen coincidir en su total ignorancia de la mediación social que caracteriza a toda actividad humana evolucionada.

Las teorías semánticas de orientación empirista o materialista dan por supuesta la existencia de una realidad objetiva que el signo lingüístico —concebido como unidad indiscutible del discurso— se limitaría a reflejar de manera inmediata; por su parte, las orientaciones de tipo mentalista consideran al ser humano como dotado de una interioridad mental, de unas estructuras innatas, a partir de las cuales se desencadena de modo cuasi-automático el proceso de adquisición del lenguaje, bastando para ello la mera estimulación de la comunidad de hablantes.

En la base de tales planteamientos se encuentra la «leyenda de los dos mundos», activada en época moderna por Descartes y según la cual el ser humano se halla constituido por la dualidad irreducible de lo material y lo espiritual.

En tal caso la sociedad aparece como una colectividad autosuficiente¹, irreducible a los individuos que la componen y absolutamente impersonal. La profunda escisión e incomunicabilidad que existía entre lo mental y lo corporal lleva consigo una concepción atomista y agregativa de las relaciones sociales.

¹ Cf. E. Durkheim, *Sociologie et Philosophie*, París, 1967, pág. 75: «Ce que j'oppose à la collectivité, c'est la collectivité elle-même, mais plus et mieux consciente de soi...»

Y como el lenguaje es fundamentalmente, aunque no de manera exclusiva, comunicación entre los hablantes, la inadecuada comprensión de lo social tendrá como consecuencia un desenfoco en la teoría semántica correspondiente.

Aclarado esto, intentaremos aquí sentar las bases de una teoría integradora de la significación. Para ello seguiremos el procedimiento de examinar críticamente dos planteamientos del problema muy diferenciados, aunque, a nuestro juicio, insuficientes: se trata, por un lado, de las teorías referencialistas, y por otro, especialmente, de la concepción generativista de las ideas innatas.

Las teorías del primer tipo se definen por la absoluta prioridad que conceden al referente, es decir, a la realidad material exterior al sujeto hablante. Frente a ellas, los presupuestos mentalistas de Chomsky y sus discípulos —recuérdese su polémica con Skinner— acentúan la irreductibilidad del significado a cualquier asociación con los estímulos externos.

A pesar de sus diferencias, ambos enfoques del lenguaje adolecen de una excesiva unilateralidad. En las dos orientaciones señaladas el significado lingüístico se define como un objeto diferenciado y autosuficiente, ya se trate de un referente del mundo físico —o, al menos, empíricamente contrastable—, ya de una entidad de naturaleza mental con respecto a la cual las realidades del mundo exterior actúan como simples pretextos desencadenantes.

Los dos planteamientos desconocen, por tanto, el carácter procesual y dialógico de la significación, que, como indica Rossi-Landi, surge en el curso de un verdadero trabajo lingüístico en el seno de la comunidad social².

Dentro de las teorías del primer grupo ocupa una posición destacada la de Ogden y Richards, que adoptan un modelo triangular³ para explicar la función significativa. En este triángulo el significante remite al objeto significado a través de la referencia, que posee un carácter psicológico. En tal caso, la realidad bruta irrumpe en el

² F. Rossi-Landi, *El lenguaje como trabajo y como mercado*, Caracas, Monte Avila, 1970, pág. 13: «Pero, cuando en el lactante que balbucea las primeras palabras comienza a formarse algo universal, ¿de qué otro trabajo puede tratarse sino del trabajo lingüístico con el cual entra en contacto con sus semejantes y de esa manera aprende a satisfacer mejor las propias necesidades?»

³ Cf. C. K. Ogden y I. A. Richards, *El significado del significado*, Buenos Aires, Paidós, 1964, pág. 29.

signo lingüístico, y los demás componentes de éste quedan en cierta medida subordinados a ella.

Para Umberto Eco, el origen de este tipo de teorías se encuentra en la distinción de Frege entre «Sinn» y «Bedeutung», entre sentido y referencia, que sirve como modelo para la concepción de aquellos autores.

En realidad se trataría aquí de una errónea interpretación de la dicotomía de Frege⁴, ya que se atribuiría a este autor la afirmación de que sólo pueden tener sentido (Sinn) aquellos términos que posean un correlato material (Bedeutung), de modo que el referente entra a formar parte de la estructura misma del signo. Por este camino el significado aparece como una simple alusión a la realidad exterior al sujeto, en cuya constitución éste no toma parte alguna.

En el plano del pensamiento filosófico esta concepción llega a tachar de «metafísico» y de científicamente inadmisibles todo discurso que no se atenga a la realidad entendida como conjunto de hechos, es decir, como relaciones entre los objetos físicos. Por esta razón, el primer Wittgenstein llega a proscribir cualquier afirmación sobre los problemas de la existencia humana, ya que éstos poseen un carácter trascendental⁵.

Dentro del pensamiento marxista algunos autores sostienen concepciones del significado que pueden encuadrarse dentro de este primer grupo de teorías. Así, V. I. Lenin afirma la existencia de una realidad objetiva, que se encuentra establecida de una vez por todas y que el conocimiento, susceptible de ser objetivado en el lenguaje, reproduce con absoluta fidelidad⁶. De ahí se pasa a defender la necesidad de transformar la realidad de acuerdo con criterios que excluyen cualquier interpretación alternativa. De este modo, en pro-

⁴ G. Frege, «Sobre sentido y referencia», en *Estudios sobre semántica*, Barcelona, Ariel, 1973, pág. 51.

⁵ L. Wittgenstein, *Tractatus logico-philosophicus*, Madrid, Alianza Universidad, 1973, § 6.421: «Es claro que la ética no se puede expresar. La ética es trascendental. (Ética y estética son lo mismo).»

⁶ V. I. Lenin, *Materialismo y Empiriocriticismo*, Méjico, Grijalbo, 1967, página 131: «La idea de que el conocimiento puede 'crear' formas universales... es una idea de la filosofía idealista. El universo es el movimiento de la materia conforme a leyes, y nuestro conocimiento... sólo puede reflejar esas leyes.»

vecho de una efectividad inmediata se niega dogmáticamente todo carácter subjetivo al conocimiento y a la significación.

No obstante, la teoría del reflejo no puede mantenerse sin graves contradicciones. En ella se pretende conciliar la existencia de una realidad objetiva e indiscutible que el hombre trata de conocer con el inevitable influjo modelador que el sujeto ejerce sobre lo conocido. Así, un autor como M. M. Koltsova, después de afirmar la cualidad especular del significado, considera que éste se forma a través de los procesos fundamentales de abstracción y generalización⁷, los cuales implican una actuación selectiva del ser humano. El objeto reflejado no existe con independencia del sujeto que lleva a cabo el proceso reflexivo. La realidad sólo se constituye verdaderamente a través del esfuerzo humano socialmente orientado⁸.

Para V. N. Voloshinov el signo lingüístico no se limita a reflejar la realidad, sino que, además, la refracta. Todo discurso se encuentra orientado valorativamente, posee el énfasis específico de un sujeto colectivo determinado. El lenguaje es, por tanto, necesariamente ideológico⁹, responde a unos intereses de clase y pertenece al plano de lo superestructural.

Por su parte, Schaff se esfuerza por salvaguardar la existencia de una realidad objetiva al mismo tiempo que admite la participación activa del sujeto en el conocimiento:

El reflejo siempre será concebido de modo distinto que la realidad misma, es algo subjetivo respecto a la realidad objetiva¹⁰.

Así pues, para Schaff el reflejo de la realidad se encuentra teñido de subjetividad y la verdadera forma de la teoría del reflejo se caracteriza por la interacción de los aspectos objetivo y subjetivo del conocimiento humano. De aquí parece desprenderse que para

⁷ M. M. Koltsova, «Estudio fisiológico de los fenómenos de abstracción y generalización», en *Lenguaje y Pensamiento*, Montevideo, Pueblos Unidos, 1970, página 338.

⁸ T. Luckmann y P. L. Berger, *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1972, pág. 232: «La sociología del conocimiento entiende la realidad humana como realidad construida socialmente.»

⁹ V. N. Voloshinov, *El signo ideológico y la Filosofía del lenguaje*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1976, pág. 24: «La palabra es el fenómeno ideológico por excelencia.»

¹⁰ A. Schaff, *Lenguaje y conocimiento*, Méjico, Grijalbo, 1967, pág. 221.

nuestro autor la rígida dualidad cartesiana entre un sujeto y un objeto mutuamente extraños e impenetrables debe ser sustituida por una comprensión dialéctica de la significación, la cual se elabora en estrecha vinculación con la práctica material de la colectividad y constituye una objetivación necesaria —aunque revisable— de la experiencia surgida en dicha práctica.

En el polo opuesto a estos autores se sitúan las teorías mentalistas, para las cuales el significado es fundamentalmente un problema interno y responde a pautas de carácter innato. La concepción generativista es la que mejor representa esta posición. Sin embargo, junto a ella analizaremos brevemente el modelo del significado elaborado por K. Heger, que, al igual que la teoría de Chomsky, se orienta hacia un horizonte filosófico idealista. La herencia cartesiana, por lo tanto, sigue vigente en estos planteamientos.

Como observa con acierto J. Searle¹¹, Chomsky no se interesa por el valor de la palabra como objeto semiótico, como fetiche material, sino que trasciende el nivel de la actuación concreta para estudiar el poder generativo del sujeto hablante, el cual es portador de unos dispositivos innatos que sólo necesitan un estímulo adecuado para entrar en funcionamiento.

Pero, si bien nuestro autor ha sido capaz de superar el plano de las realizaciones efectivas para ocuparse de la «creatividad» lingüística, no llega a entender el fenómeno de la significación en toda su complejidad. La perspectiva que adopta en sus análisis se sitúa en todo momento dentro de un ámbito individual. Para Chomsky, el lenguaje es básicamente el resultado de estructuras innatas y sólo de manera secundaria una institución social. La adquisición del lenguaje en el niño dependerá sobre todo de la activación de sus mecanismos internos, y la experiencia vital formalizada que le ofrece el grupo humano apenas reviste importancia en este proceso.

Así pues, Chomsky no se limita a estudiar el lenguaje como estructura acabada, sino que lo concibe como actividad, del mismo

¹¹ J. Searle, «La revolución chomskiana en la lingüística», en *Sobre Noam Chomsky: Ensayos críticos*, Madrid, Alianza Universidad, 1981, pág. 16: «Noam Chomsky está sin embozo alguno dentro de los que buscan leyes ocultas. La conducta verbal real, la actuación verbal, es para él sólo la punta del gran iceberg de la competencia lingüística, deformada por muchos factores irrelevantes desde el punto de vista lingüístico.»

modo que Humboldt, pero no llega a superar el plano de lo meramente individual y olvida reintegrar el análisis del discurso a su medio original, la comunidad de hablantes. Y es que Chomsky, al igual que Saussure, concibe la sociedad a la manera de Durkheim, es decir, como un agregado de átomos individuales, e ignora por completo su carácter interactivo y dialogal.

Como señala H. G. Gadamer, el lenguaje no es un producto exclusivo de la subjetividad; antes bien, se encuentra irremediablemente abocado a la situación, que está socialmente configurada¹². Y es que la propia colectividad humana sólo puede llegar a integrarse como organización específica a través de la interacción pragmática y del intercambio comunicativo.

La teoría del significado que elaboran los autores de esta escuela —más allá de la discusión acerca del carácter generativo o interpretativo del componente semántico con respecto a la sintaxis— responde con bastante exactitud a su concepción individualista y simplificadora de lo social.

Así como el lenguaje se adquiere más por activación de las estructuras innatas específicas de que se halla provisto el sujeto que por aprendizaje comunicativo, el significado lingüístico es el producto combinatorio de un conjunto limitado de rasgos semánticos universales. Las innegables diferencias entre los planteamientos del propio Chomsky y los autores como Katz y Fodor o Fillmore no afectan demasiado a lo que aquí venimos diciendo.

La Gramática generativa supera, por tanto, el plano de las estructuras lingüísticas objetivadas para centrarse en el sujeto hablante, pero no llega a entender adecuadamente la naturaleza social del individuo y, en consecuencia, el fenómeno de la creatividad.

Para Chomsky, el niño desde muy pronto comienza a producir enunciados que nunca ha oído antes, dado que su experiencia lingüística es aún muy reducida e imperfecta. Así pues, el lenguaje humano es creativo en la medida en que no consiste en una simple imitación de realizaciones anteriormente aprendidas. La creatividad lingüística parece consistir, en tal caso, en una operación combina-

¹² H. G. Gadamer, *Verdad y Método*, Salamanca, Ed. Sígueme, 1981, página 567: ... «nuestra reflexión ha estado guiada por la idea de que el lenguaje es un centro en el que se reúnen el yo y el mundo; o mejor, en el que ambos aparecen en su unidad originaria».

toria por la cual, a partir de los elementos disponibles se construye un discurso innovador¹³.

Sin embargo, éste es sólo un aspecto de la cuestión. Es evidente que, desde un punto de vista estrictamente formal, un poema logrado o una teoría científica esclarecedora no son sino meras combinaciones de estructuras léxicas ya existentes —y, desde luego, dentro de los cauces sintácticos más ortodoxos— en la lengua. Parecería, pues, que la creatividad lingüística se puede reducir con facilidad a una organización relativamente nueva de los materiales existentes.

A pesar de ello, por este camino no llegaríamos lejos: suponiendo que todas las realizaciones ya emitidas en una lengua estuvieran a nuestra disposición, no creo que lograríamos resultados demasiado brillantes si nos dedicáramos a combinar de manera «original» los elementos que componen dichas emisiones a fin de crear un discurso plenamente innovador.

Ocurre a veces incluso que una estructura textual ya existente se ilumina y adquiere un nuevo significado, una orientación imprevista por su emisor inicial. Y es que el significado es radicalmente hermenéutico y la comprensión de un texto supone siempre una investigación subjetiva sobre él, interpretándolo de acuerdo con un determinado proyecto¹⁴.

Y difícilmente puede afirmarse que el discurso infantil es creativo, ya que toda auténtica innovación no es un simple juego azaroso de estructuras lingüísticas, sino que responde a una experiencia vital costosamente adquirida. La creatividad se basa en una extensa fase de imitación cuasi-mecánica del discurso de los adultos, la cual induce y orienta al niño hacia la realidad de lo cultural. Sólo entonces, y de modo gradual, las palabras se van cargando para él de significado, de manera que más tarde el hablante —en el mejor de los casos— se encuentra en condiciones de ser creativo en alguna medida¹⁵.

¹³ N. Chomsky, *El lenguaje y el entendimiento*, Barcelona, Seix Barral, 1973, página 27.

¹⁴ H. G. Gadamer, *op. cit.*, pág. 333: «El que quiere comprender un texto realiza siempre un proyectar. Tan pronto como aparece en el texto un primer sentido, el intérprete proyecta en seguida un sentido del todo.»

¹⁵ Recordemos la anécdota en la que el autor del *Tractatus* afirmaba no haber tenido más de una o dos ideas auténticas en su vida.

Chomsky identifica la creación con la simple novedad individual porque su perspectiva no rebasa el campo de la mónada humana y lo social es para él una simple aglutinación de seres aislados que están provistos de una dotación innata y que nada deben a la colectividad. Pero la creatividad sólo puede tener lugar sobre la base de la experiencia socialmente elaborada. Pertenece por completo al ámbito de lo cultural, que es la dimensión específica del ser humano.

El lenguaje no se agota en los niveles organizativos de las estructuras discursivas. Es indudable que su doble articulación es un hallazgo de absoluta trascendencia, puesto que hace posible el despegue evolutivo de lo biológico hacia el plano de la historia; pero la economía extraordinaria de la actividad lingüística, que a partir de un número limitado de elementos puede construir infinitos textos, no debe confundirse con la creatividad. Ésta exige un asentamiento firme en el marco de la tradición, en la herencia del pasado, a fin de construir un futuro abierto a las nuevas exigencias del entorno. Y ello sólo puede tener lugar a través de la elaboración lingüística de la experiencia colectiva.

El significado lingüístico se encuentra, por tanto, estrechamente ligado al proceso de la comunicación social. Su diferencia con respecto a los demás sistemas de comunicación animales consiste precisamente en que no está inscrito genéticamente en cada uno de los miembros de la especie, sino que —aunque sin duda alguna se apoya en tendencias y disposiciones innatas— supone un aprendizaje estrictamente cultural.

Sin embargo, Chomsky se ha preocupado en exclusiva de un hablar idealizado¹⁶, en el que los interlocutores se encuentran ajenos a cualquier circunstancia contextual que pueda reorientar el proceso comunicativo. Su concepción individualista de lo humano le impide entender la significación como proceso de interacción humana dotado de fines prácticos que sólo pueden surgir y lograrse a través de la cooperación. Para él la mente individual es capaz por sí sola de significar y de comprender el mundo objetivo, que inevitablemente aparecerá como estático y ajeno a los cambios históricos.

¹⁶ N. Chomsky, *Aspectos de la teoría de la sintaxis*, Madrid, Aguilar, 1976, página 5: «Lo que concierne primariamente a la teoría lingüística es un hablante oyente ideal, en una comunidad lingüística del todo homogénea, que sabe su lengua perfectamente y al que no afectan condiciones sin valor gramatical...»

La competencia del sujeto hablante no es un capacidad puramente formal inscrita en la organización interna del individuo; antes bien, como indica Habermas, es una «competencia comunicativa»¹⁷.

Así pues, el mundo objetivo no es accesible a una mente lúcida individual situada al margen de la comunidad lingüística. La objetividad de una experiencia viene a consistir al fin en su carácter intersubjetivo, que se forma en una situación de diálogo.

El significado lingüístico no es una propiedad interna de las formas verbales aisladas, sino un proceso de interacción entre los miembros de un grupo humano a través del cual éstos configuran su propia realidad vital. Por ello ha de concebirse en el marco de la teoría de los actos verbales, dentro de un contexto más amplio que Strawson llama «significación completa»¹⁸ y que se rige por un conjunto de pautas de índole comunicativa. Significar es comunicar algo a alguien con una determinada finalidad y de acuerdo con ciertas reglas de juego.

Por ello resulta inadecuada la concepción semántica de Heger, el cual —de manera similar a los generativistas— afirma la existencia de un conjunto de «conceptos no dependientes de una lengua dada» y acaba por interpretar la significación como una propiedad de la estructura lingüística a diferencia del concepto, que se mantiene en un plano superior, puramente ideal, y que no siempre llega a incorporarse en un significado concreto.

Para Heger, sin embargo, la independencia del concepto no puede probarse para un concepto aislado, sino «sólo a partir de las relaciones que vinculan a varios conceptos entre sí», ya que reconoce que el significado y el concepto se manifiestan en una unidad indisoluble. Por tanto, tal independencia deberá ser inferida a través de la estructuración coherente de los conceptos. De este modo, si cada concepto posee «un lugar exclusivamente suyo en este sistema, entonces la prueba de la independencia exigida está dada»¹⁹.

¹⁷ Cf. R. Gabás, *J. Habermas: dominio técnico y comunidad lingüística*, Barcelona, Ariel, 1980, pág. 225.

¹⁸ P. F. Strawson, «Phrase et acte de parole», *Langages*, 17, París, 1970, página 21: «... une compréhension complète de la manière dont ce qui a été dit devait être pris, en suite une compréhension de tout ce qu'il entraine dans les intentions du locuteur de faire comprendre par les mots employés et enfin, la connaissance que cette compréhension est complète».

¹⁹ K. Heger, «Análisis onomasiológico del tiempo verbal», en *Teoría Semántica II*, Madrid, Alcalá, 1974, pág. 113.

Lo importante a la hora de afirmar la existencia de conceptos independientes de cualquier estructura lingüística es que exista un sistema que respete las posiciones correspondientes a cada unidad conceptual. En cambio, resulta secundario que en una determinada lengua esas posiciones estén ocupadas o no por las lexicalizaciones correspondientes.

Ahora bien, ¿cómo se puede saber si una lengua posee alguna estructura conceptual si no es a través de sus estructuras semánticas? ¿Qué nos autoriza a postular la existencia de un concepto allí donde no existe una lexicalización que lo incorpore? En realidad toda estructura conceptual tiene su base en la organización lingüística. Como dice Baldinger, a partir de las estructuras «imperfectas» de la lengua se pueden construir, por un proceso de abstracción, sistemas perfectamente coherentes²⁰, pero ello se produce siempre de acuerdo con las tendencias efectivas del código lingüístico, no al margen de él. Se trata simplemente de «purificar» el sistema de la lengua del conjunto de ruidos y redundancias a que está sujeto por su naturaleza comunicativa.

En ningún caso existe un mundo ideal de conceptos o ideas puras, un «tercer mundo» a la manera de Popper, que según los casos acceda a incorporarse con mayor o menor perfección según las distintas lenguas en unas determinadas estructuras léxicas. Ese universo conceptual no es otro que el de la propia lengua, sometida a un esfuerzo de elaboración terminológica a fin de ser utilizada en contextos científicos y técnicos.

El propio Heger reconoce, por otra parte, las dificultades que existen para estructurar por completo una lengua en campos conceptuales:

La macroestructura en el nivel conceptual es más problemática: hay macroestructuras parciales pero no una pirámide conceptual total.

En el fondo el equívoco se reduce a la asimilación indebida de todo concepto a los conceptos científicos y de todo significado a los significados lingüísticos ordinarios, cuando en realidad lo que se distingue es el concepto o significado científico de los correspondientes lingüísticos.

²⁰ K. Baldinger, *Teoría Semántica*, Madrid, Alcalá, 1977, pág. 159.

La diferencia entre significado y concepto radicaría en el distinto universo discursivo en que se inserta cada uno de ellos. Un mismo proceso significativo se interpreta desde dos perspectivas diferentes aunque íntimamente relacionadas, la del pensamiento y la del lenguaje ordinario ²¹.

A fin de cuentas, la actividad científica no es sino un esfuerzo por significar, estableciendo límites orientativos en el entorno una vez que éste ha sido colonizado previamente por la experiencia incorporada en el lenguaje cotidiano.

El discurso científico procura eliminar a toda costa la ambigüedad que suele caracterizar al lenguaje ordinario. Con ello se pretende evitar los numerosos errores que surgen cuando el discurso no se atiene estrictamente al ámbito de los hechos empíricos. Pero, en realidad, un hecho no existe por sí solo en el mundo, sino que se define como tal dentro de un universo discursivo determinado. Todo hecho observable presupone un contexto teórico anterior. Cuanto más se esfuerce el lenguaje científico por alcanzar un cierto rigor formal, más limitado resultará para entender luego el mundo de lo fenoménico. Como Alfred Tarski ha demostrado, no existe un lenguaje científico que sea completo y definitivo ²². En último término no hay posibilidad alguna de verificar un enunciado. El criterio científico de verdad es, por un lado, la coherencia interna del sistema teórico en cuestión y, por otro, la rentabilidad pragmática que pueda tener ese sistema para la comunidad social en un determinado momento.

Pero si un sistema científico alcanzara una precisión absoluta no habría posibilidad alguna de innovación. La investigación científica consiste siempre en ir más allá del sistema cerrado vigente, en hacerse sensible a aquellos fenómenos que no caben en él, estableciendo a continuación una nueva clausura, a fin de poner orden dentro del nuevo sistema y de extraer todas las consecuencias posibles en el terreno de lo pragmático.

²¹ A. Schaff, *Introducción a la Semántica*, Méjico, F. C. E., 1966, pág. 297: «Según un producto dado de pensamiento-y-lenguaje sea interpretado desde el punto de vista del proceso del pensamiento o del proceso del lenguaje... aparece como noción o como significado de la palabra.»

²² Cf. J. Bronowski, *Los orígenes del conocimiento y la imaginación*, Barcelona, Gedisa, 1981, pág. 96.

Y ello constituye también la tarea del poeta: reorganizar el discurso existente para hacerlo permeable a las nuevas necesidades expresivas de los hombres de su tiempo. No se trata de combinar aleatoriamente las estructuras léxicas del idioma, sino de seleccionar aquellos elementos del lenguaje que por su trayectoria significativa anterior resulten adecuados para incorporar las nuevas vivencias; pero al hacerlo rompen en cierto modo con su historia discursiva y se cargan de un sentido nuevo²³, que es producto tanto de las nuevas relaciones textuales contraídas como de su incidencia pragmática en la situación.

Puede afirmarse, por tanto, que todo acto de significación tiene una dimensión metafórica, ya que supone romper la inevitable tendencia hacia el automatismo lingüístico para introducir una perspectiva inesperada o, al menos, una opción entre las varias posibles. Incluso el estereotipo más frecuentado en la conversación cotidiana sirve para establecer en las relaciones humanas un cierto clima de cordialidad e implica un deseo de evitar cualquier sentimiento hostil.

Toda la acción significativa implica un esfuerzo de imaginación, la transposición —metafórica— de una determinada estructura lingüística a una situación habitualmente designada de modo distinto pero que ahora aparece como semejante en alguna medida.

Quizá haya llegado el momento de sacar alguna conclusión de lo dicho hasta ahora, para acercarnos a la naturaleza del proceso significativo. El significado lingüístico, como se desprende del análisis del primer grupo de teorías revisadas, no puede identificarse con el referente ni tampoco con una réplica fiel de éste; en tal caso nos situaríamos en el ámbito del primer sistema de señales, como las demás especies animales, y olvidaríamos que el hombre —socialmente constituido— pertenece a la esfera de lo simbólico y de lo cultural.

Pero tampoco parece aceptable la concepción mentalista de lo significativo, ya que deja igualmente inexplicado el fenómeno de la creatividad, que desde nuestra perspectiva representa la piedra angular de la teoría del significado. Los generativistas interpretan la creatividad dentro de los límites del individuo, de manera que ésta aparece como una mera innovación combinatoria, como una cons-

²³ L. Wittgenstein, *op. cit.*, § 4.03: «Una proposición debe comunicar con expresiones viejas un sentido nuevo.»

trucción novedosa con respecto al conjunto de realizaciones lingüísticas que, según se supone, el niño ha debido oír.

La creatividad aparece así vinculada a la adquisición del lenguaje y se apoya en un conjunto de dispositivos innatos específicamente lingüísticos pero ajenos a una lengua particular. De algún modo el lenguaje es reinventado en cada sujeto hablante y en ello reside la clave definitoria de nuestra especie.

Es indudable que las teorías de orientación mentalista introducen un factor subjetivo que las sitúa por encima de las concepciones referencialistas del significado, excesivamente apegadas al plano de la estricta objetividad. Sin embargo, unas y otras interpretan el significado en el ámbito de lo individual y ahí radica su incapacidad para comprenderlo adecuadamente.

Una teoría satisfactoria del significado requiere a nuestro juicio un planteamiento dialéctico, capaz de conjugar múltiples factores que a primera vista pueden parecer contradictorios²⁴. Así pues, para entender el fenómeno de la significación no es suficiente el asentarse exclusivamente en el plano de una supuesta realidad objetiva, ni tampoco en los límites de lo puramente individual; por las mismas razones hay que evitar tanto el instalarse en el ámbito de la palabra aislada como atender tan sólo al de las estructuras supraoracionales; es imprescindible más bien concebirlo como un proceso de interacción dialogal entre los individuos que componen el grupo.

Pero el diálogo configurador de lo real —toda realidad tiene carácter intersubjetivo— no se establece tan sólo entre los hablantes de una determinada época; tanto como éstos participan también en él las generaciones pasadas que objetivaron sus experiencias vitales en el lenguaje que han legado a sus descendientes.

De este modo toda colectividad humana encuentra que las estructuras lingüísticas que le sirven para comunicarse poseen un valor adquirido, un cierto sentido que es preciso contrastar o reelaborar, pero que, en cualquier caso, es insoslayable, ya que es precisamente el que permite establecer la relación significativa entre los distintos miembros del grupo.

²⁴ E. Morin, *El método*, vol. I, Madrid, Cátedra, 1981, pág. 384: «El pensamiento siempre es bipolarizado entre el núcleo duro, donde están cristalizados sus paradigmas, y la ebullición imaginaria.»

En tal caso, la tarea de una comunidad humana consistiría en recodificar el discurso heredado haciéndolo sensible a las nuevas necesidades y exigencias del momento histórico. Esta reorganización se produce en el plano del texto, que es lugar donde se formaliza la experiencia nueva, pero se apoya en el valor recibido de la palabra considerada en su elementalidad estructural.

El significado no es, por tanto, un objeto, sino una actividad —o un trabajo— que tiene lugar en dos momentos diferenciados: el de la palabra heredada, que conserva un valor adquirido en sus múltiples usos circunstanciales, y el de la emergencia textual, que presupone y niega a la vez el momento anterior.

Así pues, una teoría del significado debe superar las limitaciones de los planteamientos formalistas para asentarse en el terreno de la interacción social, allí donde el texto transforma los valores que la palabra le proporciona para ser fiel a la experiencia histórica de cada época.

El significado no es el referente ni tampoco un concepto puro e ideal. Está en la palabra —significado de efecto— y la excede, supone una cierta tensión cognitiva —significado de potencia—, pero está destinado a objetivarse semióticamente; es reorganización de lo que ya existe, emergencia metafórica de lo nuevo en lo consabido, y su lugar es el texto en su vertiente hermenéutica como lugar de encuentro de la experiencia colectiva y la individual, nunca la palabra como objeto aislado que guarda inmutable su secreto.

FRANCISCO MEIX IZQUIERDO